

## EL PAPEL DE AMATE

Pocos somos conscientes de la importancia que el papel, como medio de fijar por escrito nuestras ideas, ha tenido en el desarrollo de la cultura y hasta qué punto se debe a su facilidad de producción y de utilización, que ciertos conceptos que no habían sido escritos, hayan podido ser fijados y transmitidos a otros. Pero si el papel es un elemento en la producción de la cultura, su importancia sube de punto cuando se trata de la conservación y su difusión. Es indudable que muchas invenciones y descubrimientos no fueron conocidos durante siglos sino en restringidas áreas culturales porque les faltó la posibilidad de ampliar la cobertura que proporciona

la escritura. Muchas ideas, que sin duda nacieron en inteligencias esclarecidas y que sólo fueron conocidas por grupos selectos de discípulos e iniciados, se perdieron para siempre. Conceptos de filósofos, cosmogonías de sacerdotes, epopeyas y poemas heroicos de poetas e historiadores, todo un caudal humano de hechos, de ideas, de emociones y de imágenes, no llegó a incorporarse a la cultura universal porque no tuvo la fortuna de fijarse por escrito en este vehículo supremo de la civilización que es el papel.

Cada vez parece más verdadero, conforme progresan los estudios

arqueológicos e históricos, que en toda la vida de la humanidad sólo ha habido tres centros productores de alta cultura: la cuenca oriental del Mediterráneo; la región central de China y la América intertropical. Muchas invenciones indudablemente fueron hechas fuera de esas zonas, y antes de que florecieran esas culturas, pero la gran civilización, fundada en la agricultura, con caracteres permanentes y con una posibilidad de influencia y de expansión casi sin límites, sólo tuvo su centro en las tres áreas mencionadas.

Aunque parece probable, no está aún demostrado que el gran centro cultural que se encuentra en la China prehistórica haya recibido influencias del Mediterráneo a través del Turquestán, y que las primeras culturas agrícolas de China procedan de una influencia mediterránea; pero aun cuando así fuera, es indudable que en China nace una cultura agrícola con rasgos tan característicos y peculiares, que podemos considerar ese país como uno de los tres centros inventores y difusores de cultura.

Los tres panes que come actualmente la humanidad y cuyo uso sigue difundándose, son como los índices de estas tres grandes culturas prehistóricas. El trigo del Mediterráneo, que invade primero Europa, Asia y Africa y que, transportado a América después del descubrimiento, es llevado por el europeo y el americano por sus viajes de

exploración y conquista a Oceanía y al Asia Oriental, cerrando el círculo de la difusión. El arroz de China, que conquista el mundo asiático oriental e invade las islas de Oceanía y que, después del descubrimiento de América y del contacto de europeos y asiáticos a través del Nuevo Continente, llega a América y a Europa y se difunde por ellas, hasta alcanzar Asia nuevamente y cerrar otra vez el círculo de la difusión. Y por último, el maíz de América que, cultivado primero en la región ístmica o en la andina, se difunde hacia el norte y el sur del Continente hasta que el descubrimiento de América por los hombres blancos lo lleva a Europa, a Asia y Africa, y su uso se esparce cada vez más por todo el mundo.

A México le toca ser el corredor a través del cual se difundieron en el siglo XVI el arroz asiático y el trigo europeo, y por esa razón casi en todas las casas mexicanas comemos diariamente los tres panes del mundo: el trigo, el maíz y el arroz.

Quizá no hayan sido estos granos los primeros que alimentaron al hombre en esas tres zonas privilegiadas en las que se inventó la agricultura. Parece que tanto en el Mediterráneo como en Asia, otros granos fueron los primeros en cultivarse, especialmente el mijo, y es muy probable que en América hayan sido las raíces comestibles: la papa, el camote, la yuca, las que hayan



alimentado primero al hombre americano; pero las grandes culturas que se fundan en el Mediterráneo, en China, en México y en Perú, sólo alcanzan su desarrollo pleno cuando pueden definirse como culturas del trigo, del arroz o del maíz.

Pero si estas tres zonas se caracterizan por haber inventado el cultivo de los cereales, independientemente una de otra, no es ésta su única semejanza. La cultura en su aspecto superior tiene ciertas formas que se reproducen necesariamente cuando se llega a cierto nivel cultural. La semejanza de invenciones y procedimientos entre las grandes culturas no indica necesariamente influencia de una sobre la otra o difusión en un sentido de rasgos culturales; indica que el hombre es fundamentalmente el mismo y que al llegar a cierto grado de civilización se encuentra ante problemas fundamentales idénticos que pueden recibir soluciones semejantes. Tal, por ejemplo, la invención del papel de los sellos o pintaderas, del pincel, etc., que encontramos en las tres grandes zonas mencionadas y mediante procedimientos tan cercanos entre sí, que han motivado frecuentemente que se hable de difusión de rasgos culturales, cuando en realidad se trata de invenciones independientes.

Como se desprende del libro de Víctor Wolfgang von Hagen, intitulado *La Fabricación del papel entre los*

*Aztecas y los Mayas*, el papel es una de estas invenciones independientes que se realizan en una cultura cuando llega a cierto punto, y el paralelismo no sólo existe en su invención, sino también en los diversos usos a los que se destina.

El libro de von Hagen trata por primera vez *in extenso* el tema del papel en la América Media y le da la importancia que tiene en la cultura de esta parte del mundo. Se estudian en los capítulos que siguen los problemas que suscita el asunto; la técnica de la fabricación del papel, su distribución por el comercio y el tributo, sus usos varios, como elemento indispensable del ritual, como vestido y como vehículo del conocimiento histórico, religioso, astronómico y matemático de mayas y aztecas.

Para Von Hagen el papel es una invención maya, que después se difunde por la América Media. En este punto no estamos muy convencidos de que existen argumentos bastantes para atribuir a los mayas la invención del papel, y nos parece, en cambio, que su utilización constante en el vestido y en el adorno de los dioses en la Altiplanicie demuestra que su uso es muy antiguo entre los nahuas y quizá también entre los pueblos que los habían precedido en el dominio del Valle de México.

Si se examina por ejemplo los frescos teotihuacanos, se verá que muchos adornos de papel, que se usaban para los



dioses aztecas, se encuentran representados en dichos frescos, por lo que es de creerse que ya los teotihuacanos tuvieron conocimiento de la fabricación del papel, como seguramente lo tuvieron los toltecas, los mixtecas, los zapotecas y quizá también los tarascos, ya que en las láminas de la relación de Michoacán aparecen banderas semejantes a las aztecas y que estaban hechas de papel.

Es muy probable que el papel sea una de esas invenciones que, como en la escritura, los sellos o pintaderas, el pincel, el calendario ritual o *tonalpohualli*, los dioses creadores, el dios de la lluvia, etc., tengan que atribuirse a una antiquísima cultura madre, que se encuentra en la base de todas esas culturas especializadas del centro de México y del norte de Centro América, y que haya sido difundida desde un lugar que, según parece, debemos colocar en la parte sur de Veracruz y en las zonas cercanas de Tabasco, Oaxaca y Chiapas.

Muchos tocados de los personajes que figuran en las estelas de Tres Zapotes y la Venta, parecen por su gran tamaño, haber sido hechos de papel, pues de otro material hubiera sido casi imposible llevarlos; por otra parte, sabemos que los grandes tocados de los dioses aztecas eran de ese material, por ejemplo el de la diosa de la tierra que se llamaba precisamente amacalli, "casa de papel".

Estamos seguros que el lector

encontrará en los capítulos que siguen del libro de von Hagen muchos datos que el autor ha acumulado en sus lecturas y sus viajes y que lo llevarán a una mejor inteligencia de la importancia del uso del papel en nuestras civilizaciones aborígenes, así como a la discusión de muchas ideas que se venían repitiendo sin haber sido sometidas a una crítica científica, y encontrará también deleite al leer este libro científico, que está escrito en un estilo vivo y atrayente, accesible a todos.

El primitivo papel americano se ha examinado desde sus fuentes y en su manufactura, pero sabiendo que en el México antiguo se hacía en cantidades tan extraordinarias que pueblos pequeños entregaban 24,000 resmas anualmente como tributo a los soberanos aztecas, debemos esforzarnos por determinar su función en su desarrollo cultural, así como la parte que representó la política y la conquista, en la economía nacional y en la religión.

Tres son los tipos de comprobación exhumados de las indagaciones que ayudan a construir un cuadro de la sociedad que el papel contribuyó a crear.

La primera, y la más directa y útil, es el Códice Mendoza, que ha preservado para la posteridad uno de los rollos de tributos de Moctezuma. En este Códice encuéntranse registrados los pueblos que pagaban tributo de papel a



los *Uei Tlatoani* de Tenochtitlán: esta es la comprobación oficial y pictórica. Siguen los mazos para golpear la corteza, hechos en piedra, y ahora sabemos que se modelaron para el propósito específico de transformar la corteza en papel. Aparecen en Teotihuacán y en los Estados de Morelos, México, Guerrero, Oaxaca y Veracruz; la comprobación oficial es así apoyada por la sólida comprobación de la arqueología. Por fin viene el mundo vegetal y la distribución de los “árboles de papel”.

De esta síntesis los aztecas surgen con claridad, pero ¿qué ocurre con los pueblos de Yucatán? Cae sobre los mayas un manto de oscuridad. Ellos fueron fabricantes de papel y de libros, pero en su caso no tenemos un rollo de tributos que nos ayude a contestar la pregunta ¿de dónde vino el *papel huun* del que formaron sus genealogías y calendarios sagrados que se llamaban *analteh*?

El área maya era amplia. Incluía, en sus diversas épocas (desde el periodo prehistórico hasta la Alianza de Mayapán, en el siglo XIII D.C.), las nublosas regiones de El Petén, la región selvática de lo que ahora son las Honduras Británicas, Campeche, Tabasco, Veracruz, Chiapas y Quintana Roo y la confinada península de Yucatán. En tales regiones hay higueras, “el árbol de papel”, por doquier; pero desde que Diego de Landa ocasionó a la historia cultural el perjuicio de quemar cientos

de documentos mayas, no podemos sino deducir de la comprobación física que hay en nuestras manos, cuál o cuáles árboles se utilizaron. Existen nueve especies conocidas del *Ficus* en el área de Yucatán, especies que vuelven a darse en cualquier parte del área maya, aumentando en variedad y en número en las áreas cubiertas de la selva. De estas nueve dos son las más comunes, el *Ficus catinifolia* y el *F. padifolia*. Las hojas de la primera, llamadas *chimón* en el diccionario de *Motul*, ocupaban un lugar casi sagrado entre los mayas y se esparcían en los patios de los templos en el ritual maya.

Puesto que se encuentran en abundancia en y cerca de la Península de Yucatán, y en virtud de que las fibras del *F. Catinifolia* concuerdan estructuralmente con las del Códice Dresden, no podemos estar muy errados al suponer que fue de este gran árbol de corteza gris del que se hizo la mayor parte del papel huun de los mayas. Lo mismo puede decirse de l *F. Padifolia*. Este gran árbol de corteza amarillenta pálida, “es la más abundante y ampliamente extendida de las higueras estranguladoras americanas”. Comienza como una vid, estrangula o sofoca a la planta huésped, y, con la edad, desarrolla un gran tronco y muchas ramas de donde descienden las raíces aéreas y penetran en la tierra, dando origen a nuevos troncos y formando un árbol del tipo baniano asiático. Estas raíces aéreas que penetran



en la tierra y que se toman raíces terrestres, bien pueden explicar la referencia de Diego de Landa, en el sentido de que el papel maya "se hacía de las raíces de un árbol".

En la más nebulosa antigüedad, cuando los indígenas se extendieron sobre el área maya, hacían (como muchos de los indígenas de la misma área todavía lo hacen) su indumentaria de tela de corteza, de la corteza del tronco de la higuera silvestre. Este es el método universalmente adoptado por las tribus primitivas de todas partes. Cuando la tela de corteza comenzó a utilizarse como papel, cuando aquella dejó de cubrir el cuerpo para ser sustituida por la indumentaria de algodón, cuando la demanda del papel creció con el desarrollo cultural, la tala de todo árbol se volvió una técnica que, indudablemente, debe haber disgustado a los jefes, puesto que de un modo inevitable llevaría, como ocurre en muchos lugares, a la desaparición del árbol. Entonces volvieron a las ramas y, sin duda alguna, a las raíces aéreas del árbol como el *F. padifolia*. Sus raíces aéreas que son lisas y sin ramas, algunas veces alcanzan la longitud de treinta pies (9.15 m.) y un diámetro de cuatro pulgadas (10.1 cm.), y, como los "LIBROS" mayas tenían de seis a ocho pulgadas de ancho (15.2 a 20.3 cm.) y tanto como treinta y cuatro pies de longitud (10.37 ms), una raíz aérea que tuviera de dos a cuatro pulgadas de diámetro (5.08 a 10.16

cm.), fácilmente podría dar un pedazo de corteza que se extendería, al ser golpeada, a una sola pieza de seis a ocho pulgadas de ancho (15.2 a 20.3 cm.) por más de treinta pies de largo (más de 9.15 m.). Es así como los *jicaques* de Honduras de hoy en día usan las ramas y las raíces aéreas del árbol *Ficus*, obteniendo de ellas la corteza para hacer papel. En esta forma, tenemos un factor botánico que determinó la técnica del papel huun: la larga hoja de papel golpeada sugiriendo la forma de un libro. Para usarlo expeditamente, los artífices mayas doblaron el papel a modo de biombo, de modo que esos libros pueden verse hoja por hoja o pueden extenderse en su longitud total.

En la historia cultural del papel, el libro de dobleces apareció tardíamente dondequiera. Los egipcios enrollaron su papiro. Era un molesto sistema que sometía el papel a un rápido deterioro. No obstante, el rollo se utilizó durante más de mil años hasta que Calímaco, el custodio de la Biblioteca de Alejandría, comenzó en el siglo tres A.C. a doblar las hojas de papiro en forma de libros. Aun después de la invención del papel, hasta el siglo nueve, los libros en China eran rollos.

No fue sino hasta la dinastía Tang cuando comenzó a aparecer el encuadernado, entonces, como entre los mayas, el libro llegó a plegarse a manera de biombo. Así pues, los mayas no sólo



tuvieron libros doblados similares a los producidos por los verdaderos fabricantes de papel, los chinos, sino que ellos los cubrieron, entre ambos extremos, con madera o piel, a la que más tarde se adhirieron hermosas piedras, anticipándose con esto a las pastas enjovadas de la Europa Medieval.

No tenemos un conocimiento preciso respecto a la edad del arte del papel entre los mayas. Probablemente algunos de los libros quemados por Landa y otros fanáticos, contenían leyendas, guías o incluso datos históricos que nos habrían hablado mucho sobre este aspecto y que quizá nunca conozcamos. Sin embargo, sabemos que, ya en el siglo tercero A.C., los mayas labraban calendarios sobre piedra, pero ¿cuándo habrán comenzado a registrar sus calendarios en papel? Sabemos que después del 889 D.C. los mayas dejaron de erigir sus estelas con fechas. De entonces en adelante todos estos importantes registros fueron registrados en códices de papel, fácilmente manejables. De esta fecha de 889.D.C. podemos, pues, partir con certeza para señalar el advenimiento de la edad del mundo del papel entre los mayas; pero ¿fueron ellos los primeros americanos en hacer túnicas de corteza y papel de corteza, artes conocidas en todas las naciones de la América Media?

No lo sabemos. Una creciente suma de pruebas apoya la teoría de que la

cultura de los mayas no solo fue la más antigua de las civilizaciones de la América Media, sino también la que facilitó los elementos culturales más elevados del resto de la América Media y de México. Las culturas medias de México tuvieron su primer contacto con los mayas en el siglo tercero D.C., si bien es que aquellas, siglos más tarde, los asolaron y dominaron. Como los mayas, los toltecas y los zapotecas de la altiplanicie mexicana tenían libros jeroglíficos en dobleces, hechos y usados como los de ellos. Sólo existen en la tradición, pues no se sabe que alguno haya sobrevivido a la conquista. Si es correcta la fecha de 660 D.C. que se ha adjudicado al famoso *tonala matl de Huematzin*, los toltecas casi pisaban los talones a los mayas en el uso del papel para los libros. Entonces los toltecas y los zapotecas ocupaban, en lo fundamental, la parte de México hoy conocida como Oaxaca y Chiapas. Allá abundan las higueras y en grandes cantidades se han encontrado mazos de piedra para golpear la corteza. El pueblo oaxaqueño de Amatlán (Lugar de los árboles de papel) llegó a ser más tarde una población tributaria de papel para los aztecas, cuando éstos fueron señores de México.

En Oaxaca se conocen seis especies de *Ficus*. De éstas, cuatro, por el examen de sus fibras, se cree que proveyeron a los fabricantes de papel de la corteza requerida. Puesto que su tributo a los



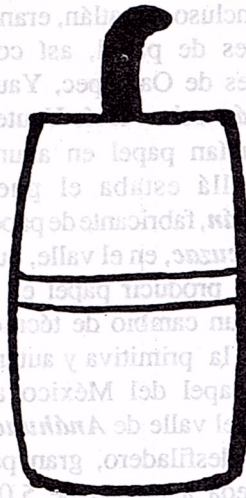
aztecas era en rollos de papel, se supone que el *Ficus padifolia* (la higuera cuyas raíces aéreas caen en la tierra), y el *bonplandiana*, conocido por los aztecas como *iztacamatl* (amate blanco), proporcionaron gran parte del papel de amatl cuyos blancos y largos rollos se ofrendaron a las insaciables demandas de sus dominadores.

Fue bajo la agresiva política de los *Uei Tlatoani Itzcoatl*, en el siglo quince D.C., cuando los aztecas se desbordaron de los límites de su lago en todas direcciones, para establecer su dominio sobre las tribus cercanas y lejanas y para organizar su sistema de tributos en el cual el papel era artículo importante. Fue durante el gobierno de *Esteltzcoatl* (1428 - 40) cuando se construyeron los gigantescos templos de *Tenochtitlán*, cuando se trazaron calzadas sobre el lago de Texcoco y cuando se elaboró el ritual sacerdotal. El papel tenía ya con los aztecas, como con los chinos, su aspecto mágico, sagrado. *Itzcoatl* facilitó a los *tenochcas* la adopción de la civilización azteca, pero fue bajo *Moctezuma I*, llamado *Ilhuicamina*, el Furioso, cuando los aztecas pasaron a lo que ahora es Veracruz, Morelos, Guerrero, Puebla, Hidalgo y hasta Oaxaca. El papel de *amatl* fue el tributo de los pueblos de todos estos estados. Las dotaciones de papel venían de Morelos, el asiento de la tribu *tlahuica*, adyacente al territorio azteca. El asiento tribal de *Quauhnáhuac* (Cuernavaca),

con *Amatitlán*, *Tepoztlán* y un grupo de pueblos, incluso Amatitlán, eran centros productores de papel, así como las poblaciones de Oaxtepec, Yautepec e *Itzamatitlán* sobre el río Yautepec: todas producían papel en abundancia. Además allá estaba el pueblo de *Amacoztitlán*, fabricante de papel, sobre el río *Amacuzac*, en el valle, que fue el primero en producir papel en "hojas" indicando un cambio de técnica. Esta región fue la primitiva y auténtica fábrica de papel del México antiguo. Separada del valle de *Anáhuac* por un escarpado desfiladero, gran parte del estado queda a menos de 5.000 pies (1.525 m.) y cuenta con todos los climas, particularmente en su extremo sur donde se hunde en la región de tierra caliente. Allí encuéntanse muchas especies de *amatl*, el árbol del papel, que crece a lo largo de los arroyos, encima de las capas de lava o en las profundas barrancas del valle. Y aquí, de nuevo encontramos los mazos de piedra con muescas para golpear la corteza que se usaron en esta antigua industria del papel -los artefactos precolombinos más comunes que se encuentran en el Valle-

De las muchas higueras silvestres que crecen abundantemente en Morelos, sabemos con seguridad que tres especies proporcionaron sus fibras de corteza para el papel: *Ficus cotinifolia*, *f. petiolaris*, *f. padifolia*. El *cotinifolia*, importante en la fabricación del papel





Símbolo del pueblo fabricante de papel llamado Itzamatitlán (Morelos). El rollo de papel tiene en la parte superior un *itzli* -un negro cuchillo de obsidiana que significa que su papel procedía del Itzamatl, el árbol de papel cuyas hojas tenían la forma de cuchillos de Itzli. Es el *amate prieto* del México moderno, *Ficus cotinifolia*.

de los mayas, igualmente lo fue entre los *tlahuicas*. Lo conocían por *itzamatl* (castellanizado en *amate prieto*), en vista de que su hoja tiene una forma parecida a un cuchillo de obsidiana o *itzli*. Al pueblo que queda abajo de Huaxtepec, sobre el río Yautepec, se le llamaba *Itzamatitlán* (Lugar de las higueras negras). Entregaba cada seis meses 8.000 resmas de papel. El símbolo jeroglífico y heráldico del pueblo es un rollo de papel *amatl* que en su parte superior tiene un *itzli*. El *Itzamatlamate*

está muy extendido no sólo en las zonas más calientes de Morelos, sino en todo México.

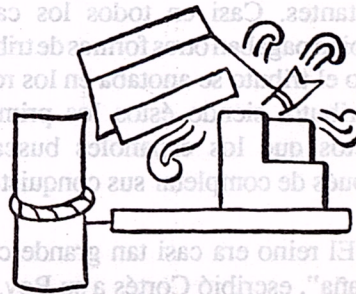
El *Ficus padifolia*, la más ampliamente extendida de todas las higueras, de primera importancia según lo vimos para la fabricación del papel de los mayas, abunda en las áreas húmedas y entre los *tlahuicas* se conocía por *amazquitl*. Creciendo principalmente a lo largo de los ríos y lagunas, era el *amate*, del que tomaban sus fibras los pueblos fabricantes de papel *Amatitlán*, *Amatlán* y *Huaxtepec*. Es específicamente mencionado por Hernández como papel de *madroño* (*seu unedone papyracea*). El tercero y el más importante de todos los árboles para la fabricación del papel en la región *tlahuica* era el *amacoztic* (árbol de papel amarillo), castellanizado es *amate amarillo*. Tenía muchos otros nombres, tales como *tepeamatl* y *texcalamatl*. El significado del primero es claro, puesto que *tepe* (tl) es cerro y esta especie de *Ficus* tiene el hábito singular de adherirse a las rocas. El término *texcalamatl* se refiere a otro de sus hábitos peculiares de crecer, de darse en los lechos de lava (*tezontli*). Francisco Hernández describe muy bien al *ficus petiolaris*: “Es el *amocoztic*, al que algunos llaman papiro de las rocas... el árbol se adhiere a las rocas con gran tenacidad, en una forma maravillosa... Prospera en *Chietla* (Guerrero), en localidades montañosas y accidentales. Se adhiere a las rocas...



de donde procede su nombre de *tepeamatl*". Del *amacoztic* provenían el papel hecho no en rollos, sino en hojas, y *Amacoztitlán* (pueblo del papel amarillo) fue uno de los principales centros de este tipo de tributo. La técnica para la fabricación del papel en hojas, como Hernández la observó, es idéntica a la de los otomíes de hoy en día, lo que sugiere que ya desde entonces el árbol *fbase* volviendo escaso. Las largas tiras de fibra de corteza interna, tomadas del tronco o de las grandes ramas, no pudieron obtenerse durante mucho tiempo; la técnica cambió para adaptarse a las nuevas condiciones impuestas. Como ocurre entre los otomíes, las pequeñas tiras eran lavadas, batidas y unidas mediante el golpeado. De acuerdo con Hernández, las hojas eran de dos dodranes 918 pulgadas o 45.7 cm.) de largo y uno y medio (13 1/2 pulgadas o 34.2 cm.) de ancho, todo lo que era claramente expresado por el jeroglífico de *Amacoztitlán*, el pueblo que lo producía.

En Veracruz, donde se dan diez o más especies de *Ficus*, los totonacas producían papel en el pueblo de *Amatitlán*. Los tlaxcaltecas, en su pueblo llamado *Iztacanatitlán* (lugar del papel de amatl amarillo), más que producirlo, negociaban con él. Muchas áreas de Guerrero enviaban considerable cantidad de rollos de papel, especialmente en *Chietla*, donde el *ficus* se da en abundancia. Bien conocidas eran las

tribus que vivían en lo que hoy es Hidalgo y Puebla como fabricantes de papel, y otros pueblos como *Yamanatitlán*, *Yacapixtla* y *Amaquemecan* (*Amecameac*), situados en el actual Estado de México, eran afamados por sus túnicas de corteza de amate, del que se sacaban grandes hojas de corteza.



Símbolo del pueblo de Amatitlán, en Oaxaca.

Es un templo quemándose -indicación de la conquista- al cual está unido un rollo de papel, de amatl. En el año III *Acatl* (1495 D.C.) el pueblo de Amatitlán fue sometido a una dura y corta conquista, bajo Moctezuma II. Tributaba papel a Tenochtitlán hasta la llegada de Cortés.

En el reinado de *Moctezuma II*, el largo brazo de la conquista alcanzó hasta la región de los *mixtecas* y *zapotecas*, y en el año III *Acatl* (1495 D.C), el pueblo de *Amatitlán*, de Oaxaca, fue sometido a una corta y acre conquista, forzándosele a producir largos rollos de papel de amate. Los zapotecas tuvieron libros como los toltecas; el hecho de que la técnica de la fabricación del papel fuera extraordinariamente antigua, queda



comprobado por la presencia de mazos para golpear la corteza en todos los depósitos arqueológicos. *Amatlán* está en el Valle de Oaxaca, a 1500 metros sobre el nivel del mar.

En aquel lugar se encuentran en profusión muchas especies del *Ficus padifolia*. Las aldeas y pueblos fabricantes de papel fluctuaban en su población entre los 150 y los 5000 habitantes. Casi en todos los casos, también pagaban otras formas de tributo. Todo el tributo se anotaba en los rollos de tributo, siendo éstos los primeros objetos que los españoles buscaban después de completar sus conquistas.

“El reino era casi tan grande como España”, escribió Cortés a su Rey. “La mayor parte de los señores de estas provincias residían en ... la capital. El Rey tenía fortaleza en todas estas provincias...y también superintendentes y recaudadores del impuesto para ver por los servicios y rentas a que cada provincia estaba obligada y lo cual estaba inscrito en caracteres y pinturas sobre una especie de papel que ellos tenían.”

Fue así como Cortés y sus hombres dirigieron su atención sobre aquellas “provincias” que parecían contener el botín más aceptable. “Con los libros de las rentas de *Moctezuma*”, dice Bernal Díaz refiriéndose a los rollos del tributo, “se podía ver cuáles eran las provincias de las que el tributo de oro y en dónde

había minas, cacao y mantas de algodón y a ellas quisimos ir”. En esta forma, los conquistadores se familiarizaron con la geografía del tributo. Tan seguros eran los documentos que Don Antonio de Mendoza, aquel “más ilustre y buen caballero y el más digno de alta memoria donde tuvo problemas políticos con Garrido Canabal, quien era gobernador. Salió y ahora se conoce como Códice Mendoza, mandando hacer copias tanto en papel europeo como en el nativo, para que su soberano pudiera ver el fondo histórico-social del “*reino azteca*”.

La copia principal que fue enviada a España fue robada en alta mar por un pirata francés y llevada a París. Allí se donó a M. André Thevet, cosmógrafo del Rey de Francia, quien inscribió su nombre sobre su portada y, después de treinta años de posesión, lo vendió en cinco libras esterlinas a Richard Hakluyt, capellán del embajador británico en París. Hakluyt lo llevó a Londres. Durante siglos quedó en la biblioteca Bodleiana de Oxford como objeto curioso e interesante. Raleigh quiso incluir una parte de él en su *History of the World*, para mostrar la riqueza que proporcionaría una reconquista de la Nueva España, pero fue decapitado antes de que pudiera lograrlo. Posteriormente apareció en el volumen V de uno de los folios elefantinos de las antigüedades de Lord Kingsborough. Pero éste fue sólo uno de toda una serie de rollos de tributos.



Si Juan de Zumárraga no hubiera destruido cientos de ellos (ya que Bernal Díaz dice que "los libros de las rentas de Moctezuma ocupaban una casa entera", la geografía del tributo se podría ahora compilar con exactitud. Todo lo que sabemos, partiendo del conocimiento general, es que eran 24,000 las resmas de papel que debían llevarse anualmente a la capital de los aztecas. Consideradas como proporciones de las inmensas cantidades de papel que se trasegaban en las tierras de *Tenochtitlán*, se explica en qué medida la civilización azteca debe haber quedado plasmada sobre él cuando, finalmente, el papel se impuso a los aztecas.

Para hacer el papel sólo son necesarios dos instrumentos: una superficie de madera plana y lisa y una piedra estriada llamada *muinto* (*del otomí muini*, golpear). Se notará que esta piedra para golpear es idéntica a las llamadas "planchas", o sea los artefactos arqueológicos que se encuentran por todo México. En efecto, los otomfes prefieren usar una piedra antigua cuando pueden hallarla. Entonces toman pedazos de las fibras hervidas, las cortan para adaptarlas a la forma de la tabla, se dejan secar al sol. Una vez hecho esto, presenta una superficie lisa del lado que estaba adherido a la tabla, y una superficie áspera que es sobre la que se golpeó con el muinto. En este Estado, el papel, que mide cuatro por nueve pulgadas (10.1 por 22.8 cm.), se conoce por los otomfes

con el nombre de *tze-cuá*. Se juntan seis de estas hojas cada una en cuatro dobleces, con las que se hace un paquete amarrado y así se ofrecen a la venta en su pequeño mercado el día de plaza.

Entre los otomfes el árbol más en uso tiene el nombre local de *xalamatl* (otomí, *popa-tza*) que produce un papel rojizo, identificado como el *Ficus goldmanii*. Otra planta del papel es el arbusto áspero *tzitzicaztli* (*Urera baccifera*), también perteneciente a las moráceas. Y de gran interés es la cuarta planta del papel, la morera o moral, que en otomí es *tza-tze-cuá* y que se ha identificado como *morus celtifolia*, un moral del papel similar a la planta usada por muchos fabricantes de papel asiáticos.

En esta forma los otomfes, aunque han olvidado los diversos usos a los que sus antepasados dedicaron el papel *amatl*, todavía emplean las técnicas más adelantadas que desarrollaron los artífices aztecas precolombinos del pueblo de *Amacostitlán*, quienes también desintegraban las fibras del *amatl* hirviéndolas en agua con cal y entretejían el papel para formar hojas de las que anualmente tributaban 160,000 a *Moctezuma II*.

Los otomfes no son los únicos fabricantes de papel en México. A algunas millas de distancia, cerca del límite con



Hidalgo, está el pueblo azteca de Chicontepec, en el Estado de Veracruz, a una altitud de 600 metros, donde la sierra termina y comienza la Huasteca, el paisaje desciende en grandes declives y se perfilan cerros aislados. Estos son los *Chicome-tepetl* -los siete cerros- de los que deriva su nombre *Chicontepec*. Aquí las gentes del habla náhuatl, que aún viven conforme al mundo antiguo, todavía sumergidas en el cultivo de la milpa, son como los otomfes, fabricantes de papel en sus ratos de ocio. Ellos recogen la corteza de los árboles cuando hay luna nueva (cuando está tierna la luna) y proceden a remojarla, hervirla y golpearla a la manera otomí.

Pero en lugar de usar una piedra, estos indígenas emplean una mazorca endurecida al fuego. Su papel, al que llaman *cuah-amatl*, es más fuerte, más grueso y más fino que el de sus vecinos los otomfes. Las hojas terminadas miden aproximadamente 22 por 55 cm. La fabricación de papel es tarea de la mujer, como lo es entre los lacandones de Guatemala y los sumus de Honduras que baten la corteza, o como en las tribus que fabrican las "tapas" de Africa o de las Célebes. Estas mujeres son tan hábiles que pueden "batir" una hoja de papel en 20 minutos.

Los aztecas de Chicontepec usan casi las mismas plantas para la fabricación del papel que los otomfes de Puebla: el

*Ficus padifolia*, aquí llamado *cilamatl*, el *Ficus involuta* (*tecomaxo-chiamatl*), la ortiga *Urera baccifera* (*teotzitzicaztli*), *el moral*, y una que no es morácea, la acacia cuerno de toro, acacia corniegera. La inclusión de ésta acacia (*huitzimamaxali*) se debe a la creciente escasez de la higuera silvestre, y produce un papel tosco, de fibras gruesas, más difícil de hacer que el de la variedad de las higueras, pero también se conoce como *cuah-amatl*, el nombre antiguamente reservado al producto del árbol *amatl*. Es una notable confirmación el que los indígenas actuales que usan la única técnica de los primitivos fabricantes de papel más adelantados de todos, o sea la ebullición de las fibras de agua con cal y el entretendido subsiguiente en hojas, sean los herederos del papel, los nativos de *Amacoztitlán*, quienes llegaron muy cerca del molde para el papel y de la técnica de la verdadera fabricación inventada por los chinos.

Actualmente el papel amate se utiliza en una artesanía que a continuación nos narra Alfonso Soto Soria, a quien podemos considerar un cronista de las artesanías contemporáneas, tanto de México, como de nuestros países latinoamericanos.

"Max Skerlow es un arquitecto de ascendencia judfo-alemana que se dedicó a hacer arquitectura y otras cosas, pero de repente descubrió que vender y



comerciar con arte popular y artesanías, era buen negocio.

Lo conocí a través de Jorge Willmont, de Raúl Camper y de un grupo de estudiantes egresados del colegio Francés Morelos, una de esas escuelas con renombre, como es la Iberoamericana ahora.

Max empezó a vender cerámica, textiles y cosas de esas; realmente tenía muy buen gusto y acabó abriendo una tienda ubicada en la calle de la Amargura; se llamaba *Café de la Amargura* donde está ahora la librería Porrúa. Era una casa bastante grande, esto debe haber sido por los años sesentas; más o menos fue contemporánea esta tienda al cambio del Bazar Sábado a su lugar que ocupa actualmente. La tienda era bastante grande, arriba tenía almacenes y depósitos, abajo el café y la tienda de artesanías. (La conocí con el nombre de Café de la Amargura). A la tienda llegaban todos sus proveedores, vendía mayoreo también y por lo tanto llegaban muchos artesanos.

En algún viaje que hizo por Pahuatlán descubrió las figuritas de papel *amate*, de papel de *xonote*, de papel morado que hacían los otomíes de San Pablito; empezó a comprar las figuritas para venderlas en su tienda. Por esa época hacían hojas de papel los otomíes, las cuales usaban como la cama para poner las figuritas.

Yo tenía mucha relación con San Pablito y con Pahuatlán, porque un tío mío fue Presidente Municipal, un doctor que llegó a hacer su servicio social y ahí se quedó; se llamaba Adelfo Aguirre; como dije, mi tío era un doctor tabasqueño que conoció ese pueblecito porque ahí hizo su servicio social. A él le gustó mucho el pueblo y radicó una temporada larga, se hizo de amistades y tal. Después de recibirse y haber terminado su servicio social, regresó a Tabasco en donde tuvo problemas políticos con Garrido Canabal, quien era gobernador. Salió de Tabasco y el único lugar donde tenía clientela y lo conocían, era Pahuatlán, así que regresó con sus hijos y mi tía.

Lo íbamos a visitar seguido, estoy hablando de más o menos cuando yo tenía seis años de edad, así que es un montón de tiempo; y desde entonces empecé a ir sistemáticamente a ese lugar; después mi tío regresó a vivir a Tabasco; yo ya había hecho relación con algunas gentes de ahí, Raúl López y otros amigos; entonces regresamos sistemáticamente a Pahuatlán.

En mis vacaciones iba allá; seguimos yendo con mucha frecuencia y desde entonces tuve mucho contacto con todas las artesanías de esa región, visitando varias veces San Pablito y pueblos aledaños.

En alguna ocasión, cuando trabajaba



con Carlos Mérida, le llevé las hojitas de amate pequeñitas, es decir, las que se hacían normalmente allí; le gustó a Carlos Mérida el papel y empezó a dibujar en él, entonces me pidió que le consiguiera hojas grandes. Nos costó mucho trabajo a Raúl López y a mí hacer que los otomíes hicieran hojas grandes para cuadros importantes; se las llevé a Carlos, estas eran las primeras hojas grandes.

De ahí agarraron vuelo los otomíes y comenzaron a hacer mucho papel y a venderlo, para forrar muebles, decorar biombos, etc. Y es cuando comienza la tradición de hacer papel de muchos tamaños.

A Max le gustaron estos papeles y compró algunos, para venderlos en su tienda, pero no tenían ninguna utilidad, fuera de las gentes que los compraban para utilizarlos en muebles. Max tuvo una idea genial, otros de sus proveedores eran los alfareros de la región cercana de Iguala, de Xalitla, San Agustín de las Flores, Tolimán; una serie de pueblos metidos por las regiones del río Mezcala que hacían cerámica, una cerámica crema, decorada con figuras muy libres de expresión, flores, corridas de toros, etc. También hacían esculturitas de pajaritos y plantas. Estos pueblos en esa época estaban in-comunicados, más o menos a uno o dos días en burro de su casa a la carretera; entre otras cosas también hacían unas

tinajas muy grandes que vendían como a 50 pesos, muy frágiles y quemadas a baja temperatura. Era muy penoso para ellos venir a la ciudad de México a vender sus productos, algunas veces se les rompían en el trayecto en burro, y después esperar el camión y trepar sus cosas teniendo que pagar su pasaje, además pagar por los bultos que había que transportar; llegar a la ciudad de México y llevar todo eso a las tiendas y a los lugares en donde les compraban sus productos.

En muchas ocasiones se ponían los artesanos a vender sus cosas en la calle porque no eran por encargo y realmente era muy complicado vender su mercancía. Le entregaban a Max, en su tienda, figuritas, macetones, ollitas, molcajetes, para ver si se podían vender allí. También se vendían en la Zona Rosa que empezaba a promover artesanías, al Museo de Artes Populares y al aeropuerto.

A Max se le ocurrió la brillante idea de darles el papel que había comprado con los otomíes a los pintores y decoradores y pedir que le pintaran y dibujaran en el papel las mismas figuritas que realmente tenían mucho carácter y mucho sentido indígena, y descubrió el negocio más fabuloso. En un principio comenzaron a dibujar en sepias, que era el color que utilizaban en la cerámica, pero poco a poco fueron incorporando colores más vivos y dinámicos, usaban



generalmente temple y vinci, y después salió el politec que fue lo que utilizaron porque era un pigmento más permanente.

Max empezó a vender estos papeles; nadie sabía de dónde era. A nadie se le ocurría esta combinación de otomfes de la Sierra de Puebla con nahuas del Estado de Guerrero y se vendían muy bien y muy caros. Eran de un gran exotismo. Max hizo correr el rumor de que eran piezas pintadas por los herederos de los antiguos Códices prehispánicos, de un pueblo misterioso, que sólo él sabía dónde se encontraba, que le había costado mucho trabajo sacar estas piezas porque no querían vender los secretos de sus códices; eran bastante interesantes los dibujos de esa época, muy ligados a lo que era la cerámica pero con una estilización muy especial. Los dos o tres pintores que estaban haciendo esas cosas eran realmente muy buenos y para los nahuas de esta región resultaba mucho más productivo pintar papeles de amate que era un rollito que se llevaba debajo del brazo, en lugar de andar cargando las ollas con toda esa complicación de traerlas a México.

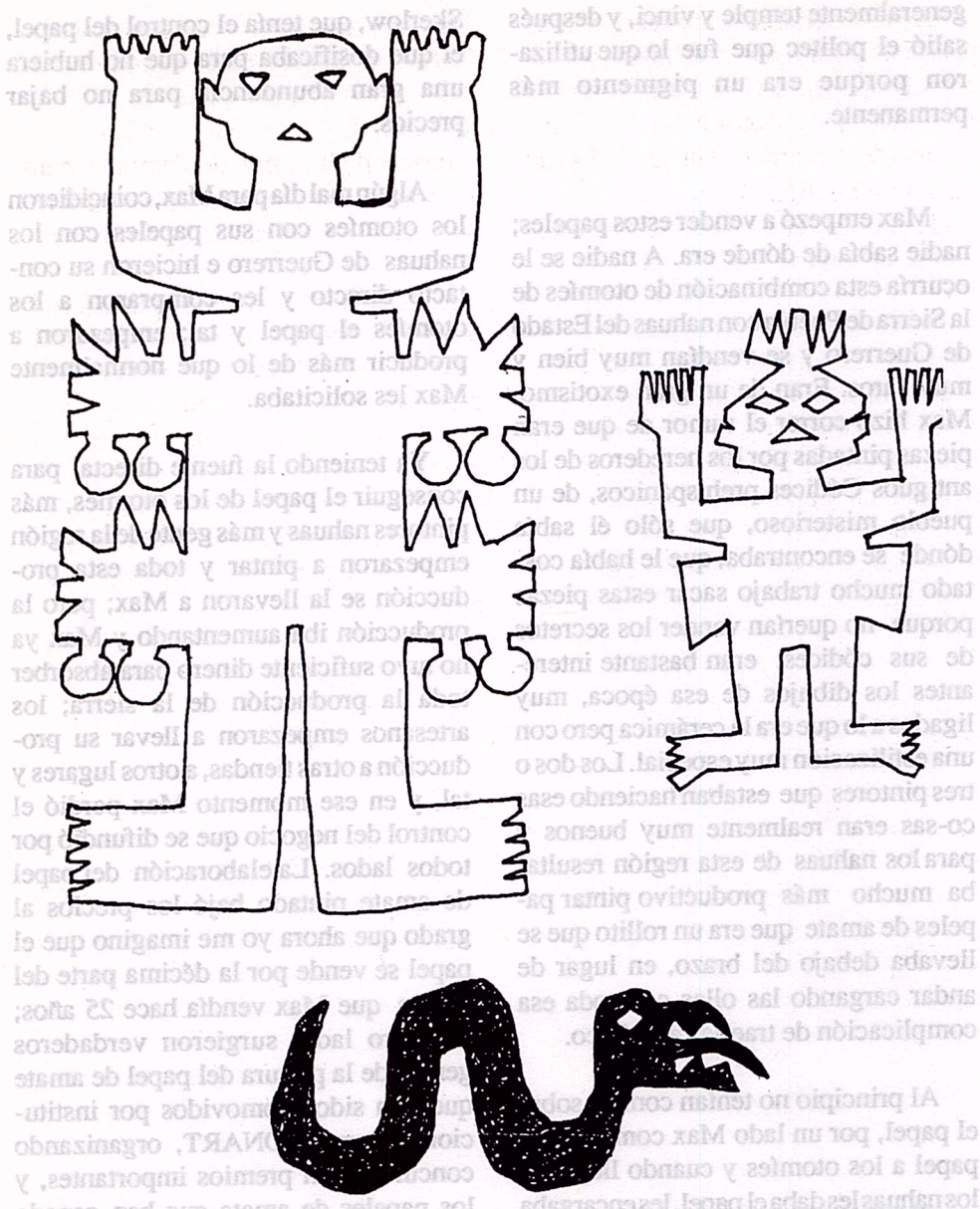
Al principio no tenían control sobre el papel, por un lado Max compraba el papel a los otomfes y cuando llegaban los nahuas les daba el papel, les encargaba el trabajo y la única fuente de abastecimiento que tenían era la de Max

Skerlow, que tenía el control del papel, el que dosificaba para que no hubiera una gran abundancia para no bajar precios.

Algún mal día para Max, coincidieron los otomfes con sus papeles con los nahuas de Guerrero e hicieron su contacto directo y les compraron a los otomfes el papel y tal; empezaron a producir más de lo que normalmente Max les solicitaba.

Ya teniendo la fuente directa para conseguir el papel de los otomfes, más pintores nahuas y más gente de la región empezaron a pintar y toda esta producción se la llevaron a Max; pero la producción iba aumentando y Max ya no tuvo suficiente dinero para absorber toda la producción de la sierra; los artesanos empezaron a llevar su producción a otras tiendas, a otros lugares y tal, y en ese momento Max perdió el control del negocio que se difundió por todos lados. La elaboración del papel de amate pintado bajó los precios al grado que ahora yo me imagino que el papel se vende por la décima parte del precio que Max vendía hace 25 años; por otro lado, surgieron verdaderos genios de la pintura del papel de amate que han sido promovidos por instituciones como FONART, organizando concursos con premios importantes, y los papeles de amate que han ganado estos premios se han cotizado a precios altísimos.





Figuras para ofrendas, curaciones, brujería y ritos mágicos recortadas de papel amate. Grupo indígena Otomí de San Pablito, Sierra Norte del Estado de Puebla.



La producción del papel amate sigue siendo de las mismas regiones, por un lado el papel en sí viene de la región de Pahuatlán y la decoración, de estos pueblos de la Sierra de Guerrero. Desde hace mucho tiempo no he visto la producción de cerámica que se realiza por esos pueblos.

Ahora la producción del papel de amate pintado es gigantesca, hay cosas de extraordinaria calidad y otras muy malas. También los precios son muy variables y esto les ha dado mucho dinero a los nahuas y a los otomfes de la sierra aliviando en algún modo las penurias que pasaban, pero reflexionando, los únicos que sufren son los árboles, es

decir, se agotaron todos los amates, morales y xonotes de la región de San Pablito; creo que ahora ya se están trayendo de las regiones tropicales del sureste y de la región de Tampico, pero además han incorporado otros árboles que tradicionalmente no se utilizaban.

Desgraciadamente así es la historia. Sin quererlo y de una manera accidental, Max Skerlow descubrió y echó a andar una nueva posibilidad artesanal que está regada por todo el mundo, y no tiene arriba de treinta años. Todo mundo supone que esta manifestación es de arraigada tradición y que proviene de la época prehispánica y de los tlacuilos, pintores de Códices.”

## Bibliografía

Von Hagen, Wolfgang,  
La Fabricación del Papel entre los Aztecas y los Mayas.  
Editorial Nuevo Mundo. ■